

de sus diputados. Así, cuantos conocían lo resuelto y ejecutado por la corte, tomaban un desconcierto y un descorazonamiento, connaturales á las incertidumbres colectivas que sugieren los pasos de un punto á otro punto del tiempo y de una fase á otra fase del ideal. Las vanguardias de aquella defensa y las vanguardias de aquel ataque supieron lo inútil de sus procedimientos, cuando el Rey recurría, en apelación definitiva é irrevocable, al Tribunal Supremo de la política, el Congreso; y paralizaron, en ataxia consiguiente al estado de sus ánimos, el ataque y la resistencia. Pero, ¿cómo llevaban esta convicción los asaltantes á las masas profundas de una muchedumbre que se dilataba por todo el Mediodía de París, y cómo los defensores á una defensa, cuyos soldados se dilataban en la inmensa extensión que media entre las verjas del Carrousel y las florestas de los Campos Elíseos? Imposible impedir el combate.

Con efecto, ningún hecho podía conmover á los realistas como la presencia del Rey entre los diputados de la Nación, cuando ellos le aguardaban entre los defensores de la Monarquía. Según los temperamentos respectivos estallaron las pasiones varias en aquellas almas realistas. Unos, los más resignados, rompieron sus espadas en las rodillas, y arrancaron sus cruces de las casacas; otros, los más fuertes, llenaron de pólvora vasos de aguardiente, y se los dieron á los suizos para que los apurasen, y á la embriaguez natural producida por los odios juntasen la embriaguez material producida por los alcoholes. Y no solamente pisotearon las cruces con las veneras aristocráticas, viéndose abandonados por el Rey; después de repartir aguardiente con pólvora, mandaron abrir los portones del Palacio para que comenzase la lucha de franceses unos con otros cual horrible lucha de fieras. No se franquea el toril aquí por los conserjes de la plaza en los toros al bicho impaciente, cual se abrió por el conserje de aquellos jardines y palacios el portón que debía franquear la entrada de los tumultuados revolucionarios. Así echó á correr el infeliz como alma que lleva el diablo. Y la multitud entró descuidada en el vestíbulo como animal inexperto, cayendo en lazo y trampa, sin ver que por todas las ventanas erizadas de fusiles amenazadores le apercibían y le aparejaban la muerte. Eran dos ó tres mil en aquel momento los primeros llegados, muy pocos en proporción y congruencia con los que dejaban atrás, é iban movidos por prisa febril adelantándose á todos. Así entraron en el enorme vestíbulo, cual un grande golpe de agua que hubiera caído de pronto en un inmenso estanque. Lo imponente de aquel regio espacio, donde aún resplandecían escudos, armas, insignias, blasones del antiguo régimen; la espaciosa escalera subiendo majestuosamente á la capilla y bifurcándose allí con arte sumo en sendos tramos conducentes á las habitaciones reales; los adornos á lo Renacimiento y á lo Versalles mezclados sobre las puertas grandiosas, contrastaban, poblados de suizos, vestidos todos de uniformes colorados, con los demagogos desarrapadísimos, los cuales creían llevar en las puntas de sus picas aquella corona del derecho popular que sucedía y reemplazaba la corona del derecho divino. Por el

cálculo y cuenta de los escritores monárquicos, las fuerzas de resistencias opuestas á las fuerzas del asalto estaban distribuidas así: doscientos suizos de los más veteranos y trescientos guardias nacionales de los más fieles, siguieron la persona del Rey, apostándose, así que la persona del Rey entró en la Cámara, fuera, en las puertas que vecinaban los jardines y terrazas de las Tullerías, á disposición del Monarca; setecientos suizos había en los escalones de la regia escalera y en los huecos ó ventanas que daban sobre los amplios espacios del vestíbulo; con todos los cuales sumábanse doscientos gentiles hombres y un escasísimo centenar de milicianos: total tres mil hombres, por todas partes diseminados y esparcidos, frente á los tres mil hombres que acababan de llegar con los mayores entusiasmos en su alma y las picas hambrientas de matanza en sus manos. Compárese, pues, lo fuerte de la resistencia con lo débil del ataque. Muros formidables y tan duraderos como graníticas montañas; ejército escaso, pero compactísimo y con disciplina, pronto á cumplir su deber y espirar por la causa monárquica; gentiles-hombres desesperados, á quienes la desesperación infundía propensiones al suicidio, pero á un suicidio, en que murieran matando, frente á turbas sin dirección y sin ordenanza, y sin verdaderos jefes, parecidas á los cruzados que sólo sabían el nombre de la Ciudad eterna, donde iban, pero sin tener para orientarse ni siquiera el instinto viajero que guía y conduce á las aves viajeras por la inmensidad del espacio. Un afecto común debía unir los hijos del pueblo parisién que requerían de aquel esfuerzo la República y los hijos de las montañas helvecias que tuvieron, tienen y tendrán la República por siglos de siglos. Naturales de Losana unos, otros naturales de Friburgo, hablaban los primeros francés, los segundos francés y alemán; pero todos estaban por Francia, siendo unos de cantones, aunque protestantes, franceses por su lengua, y otros, aunque germanos de lengua, franceses, ó sea católicos, de religión. Así hubo un momento en que parecían próximos á conciliarse y entenderse los republicanos de nacimiento con los republicanos de convicción, los helvecios con los parisienes. Minutos antes de la irrupción popular en el vestíbulo varios cañoneros revolucionarios hablaron á los seizes con tal elocuencia que se llevaron dos á la revolución en su compañía. Al irse, los atisbaban sus oficiales desde las ventanas, y no encontraron otro medio de reducirlos á la obediencia que darles prontamente muerte. Con efecto, se pusieron dos oficiales del Estado Mayor al ojo dos carabinas, y atisbándolos, dispararon sobre sus personas dos tiros, cuyas balas tendieron por el suelo, dejándolos muertos como si fuesen dos piezas de caza. Hé aquí, pues, cómo el rigor de la ordenanza respondió al afecto de la conciliación, y cómo fué imposible de todo punto impedir el conflicto.

Los suizos, pues, como hemos dicho tantas veces, parecían de piedra. Perros fieles del Rey no tenían más que morder, cuando el Rey los azuzase, contra su enemigos, y morder despedazando. Mientras no sobrevenía tal caso, estaban rígidos, en guisa de la muerte

que propinaban. Pero como parecían estatuas, y no personas; el parisién, alegre y decidido de suyo, púsose á reír de aquella inmovilidad, tiesura, paso mesuradísimo, gesto impasible, de aquellos mecánicos personajes que parecían hierro y palo. Tanta gracia, tanto dicho ingenioso, la sal ática derramada por los populares á torrentes, los gestos alegres viendo la consigna y la ordenanza, que convertía los hombres de carne y hueso en estatuas de comendador ó en convidados de piedra, no contagiaron al soldado de los Alpes, quien prosiguió su marcha pausadísima, su movimiento desde lo alto impuesto. Se veían amenazados por débiles picas que se hubieran tronchado como frágiles cañas á sus balas y nada decían, aunque les amenazaban á una los populares con una docena de mal'trechos y desvenecijados fusiles. A su indiferencia crecieron las risas y tras las risas unos ejercicios sumamente risibles. Se pusieron los parisienses á pescar suizos en las Tullerías como si pescaran barbos en el Sena. Con horquillas de quitar y poner los cortinajes, alabardas de antiguo corte, cogían los suizos por los cinturones y los arrastraban hacia los sitios por aquellos pescadores de hombres ocupados entre fragorosas carcajadas. Como pescados, así varios suizos fueron de las filas del palacio á las filas del pueblo. Mas, al poco rato, no pudieron los suizos aguantar más tiempo las risas del público, ni las extrañas pescas, y dieron la orden de fuego. A la orden siguió una descarga terrible sobre la muchedumbre numerosa y compactísima, como á la descarga un estrago semejante al que pudiera producir cualquier fuerza del universo, enemiga y devastadora del hombre. Y no podía menos, aglomerados los revolucionarios en los pavimentos del vestíbulo y tirando los suizos desde puntos tan altos como los escalones y la gradería de aquella regia y magnífica escalera. No se perdió tiro. Todas las balas mordieron en aquellos hombres indefensos y todos aquellos mordidos formaron un enorme y aglomerado montón de moribundos y de muertos, más desgraciados los sobrevivientes á causa de sus heridas que los muertos acostados de súbito en su eternal descanso. Traía semejante matanza increíble al recuerdo esas cacerías donde los ojeadores aglomeran muchas reses en brevísimo espacio para que las maten á su gusto y sabor cazadores muy cómodos, muy acomodados para esparcir la muerte, y muy apercebidos tras el ojeo á la matanza. Cuantos entraron en aquel vestíbulo cayeron como si entraran en solitario y yerto panteón en que reinase la muerte. No quedan más espachurrados los granos de uva en un lagar que aquellos revolucionarios quedaron en el vestíbulo, y no sueltan tanto mosto como sangre soltaron aquellos acribillados cuerpos. A las dos ó tres horas de tamaña carnicería el hedor mataba como suele matar la peste, y no se podía respirar por lleno de podredumbre, en aquel espacio, como no se respira en el espacio vacío. Entre tanta muchedumbre sólo un corto número pudo salir del vestíbulo de las Tullerías al patio del Carrousel. Pero á un lado y otro de la puerta, levantábanse humildes barracas henchidas de soldados, los cuales se pusieron á cazar fugitivos y acabaron sin excepción á una con todos cuantos escaparan y huyeran del vestíbulo. Dice Michelet con razón que

aquella caza de hombres parecía una de esas cacerías en que los cazadores aguardan sus víctimas asentados, y pueden matarlas á su guisa, con ojo certero, buena puntería, seguro tiro. Se calcula que, al paso del vestíbulo hacia los patios y de los patios hacia la calle, murieron cuatrocientos hombres, cuyos cadáveres, por do quier esparcidos en actitudes horrosas, daban tal espanto, que se hubiera podido perder, á las náuseas el estómago y al horror la razón. Dos salidas se realizaron para proseguir el ojeo y acabarlo con universal matanza. Una de los suizos, que se lanzaron sobre los que huían por el centro, y otra de los gentiles hombres que desde el pabellón de Flora llevaron el terror y el exterminio á los estrechos callejones del Louvre y á las amplias líneas de la calle de San Honorato. Y como en la noche del veinticuatro de Agosto, noche de San Bartolomé, se dieron desde los palacios reales, en nombre de la Iglesia y de la monarquía, los esbirros del trono y del altar, á la caza de hombres, en la mañana del diez de Agosto, al resplandor del sol, brillando con sumo brillo el día, los suizos, herederos de aquellos esbirros, se apostaron en la plaza del Carrousel, y no contentos con aplastar la cabeza de los insurrectos, aplastaron la cola, sin perdonar ni aun á los viandantes, ni aun á los vecinos y los curiosos, cual si en aquel holocausto de vidas humanas, ofrecido en sacrificio á la monarquía, no se quisiese perdonar á ningún viviente. Y, tras esto, los realistas se creyeron vencedores, sin pensar pare nada en que, la Providencia, por sus inescrutables decretos, había dispuesto precisamente lo contrario.

Imagináos cuál efecto en el Congreso harían las secas descargas, parecidas á truenos de tormentosa nube, cargada con granizos, piedras, rayos, centellas, avanzando sobre la representación popular. En los primeros momentos un afecto de pavor sobrecogió al público y al Congreso. Cuantos estudian los fenómenos celestes cuentan y no acaban del terror producido en todos los seres animados, durante un eclipse total, por los minutos de la extinción del sol. Diríase que un gran domesticador acaba de aparecer en las alturas. Los animales combatientes pierden su instinto de combate, los carniceros su instinto de crueldad. El más inquieto de los brutos se detiene y pára como si cualquier superior fuerza lo hubiese detenido y refrenado. Pliega sus alas el ave pacífica; esconde sus garras el milano cruel. Canta el gallo como si estuviera en mitad de la noche y sobre su nido de barro se precipita como una piedra dura la voluble alondra. Pues, oyendo los diputados aquellos redobles siniestros de tiros numerosos, que decidían la suerte individual de cada uno, la suerte colectiva de todos ellos, se quedaron fríos, como si el medio ambiente de súbito cambiase, faltara el aire, se cristalizara en las venas toda sangre perdiendo su fluir y su movimiento. La rigidez de sus figuras prestábales majestad. El común acuerdo de no moverse, ni huir, ni demandar auxilio les comunicaba la grandeza moral, á todos comunicadas, en cualquier situación grave, por dos sentimientos: el propio valor y la persuasión de tener una tremenda responsabilidad. Ahora se descubre, al resplandor del relám-

pago, la profundidad insondable de los abismos formados por la esperanza de los Reyes. Antonieta confiaba en la victoria de los suizos sobre los populares primero y sobre los diputados después. El Rey, perdida su primera ilusión respecto de los diputados, en cuyos sentimientos constitucionales algunas horas confió, comenzaba, por su parte, prestando un oído atento á lo fragoroso y cercano de las descargas, por confiar en los esfuerzos de sus leales tropas, y concluía por verse convertido ya de Rey constitucional, magistratura impuesta por la fatalidad á su persona, en Rey absoluto, magistratura impuesta por el nacimiento. Los diputados acaban de salvar al Rey; pero el Rey no hubiera salvado al Congreso. Había encontrado el representante de la monarquía un escollo, de cuyas estrias agarrarse, á la hora suprema del naufragio; para los representantes de la soberanía popular no quedaba escollo alguno en los espacios de donde asirse; y en cuanto el Rey hubiera por algún camino recuperado su poder absoluto, despidió sobre aquel Congreso enemigo su fulminante rayo. He aquí por qué no tomó la Corte disposición alguna para preservar su palacio del asalto; he aquí por qué los Reyes aseguraron un próximo regreso á los suyos en el momento mismo de salir, no hacia la Cámara, no, hacia la eternidad. Creían los cuitados volver enseguida y volver victoriosos. En el Parlamento metidos no podían hacer nada contra ellos los revolucionarios, mientras del parlamento sacados en triunfo podían exterminar ellos á los revolucionarios sin piedad. Por manera que mientras, á las tonantes descargas se veía en las cortes un sentimiento de dignidad afrontando el peligro amenazador y aun la muerte inmediata; veíase, por lo contrario, en la corte, un tinte rosado de dulcísima esperanza que no contrastaban el terror universal, el tiro seco, el incendio hirviente, los desplomes con fragor de monumentos grandiosos, los estertores y suspiros postreros de las víctimas cargando el aire con miasmas de muerte y el espíritu con repercusiones de dolor. Aquella hora suprema del primer encuentro, en que arrolló la fuerza realista con ímpetu á la fuerza popular, fué como un respiro singular de la monarquía, como un claro de cielo visto entre las espesas nubes de humo, como un celestial envío de consoladora esperanza que se sobreponían al montón enorme de ruinas aglomerado allí por la irreparable catástrofe. Quieren los que poetizan estos momentos atribuir á la fisonomía de los Reyes una expresión del dolor sentido por sus corazones; pero los Reyes absolutos, creyéndose al resto del género humano superiores, hacen tanto aprecio de los leales muertos en su defensa, como nosotros de las reses degolladas para nuestro sustento. Lo que á Luis XVI importaba, sobre todo á la mujer de Luis XVI, era que triunfaran los suyos y no que vivieran. En el terror de la Cámara; en el siniestro aspecto de los rostros aquellos; en el eco de las noticias favorables á los realistas que volaban como con alas, absorbían los reyes presentimientos favorables al éxito desde aquel nicho, donde los habían enterrado vivos, al poder, en cuya resurrección librarán muchas esperanzas durante la hora que desencadenó aquella tempestad y que pudo claramente sugerir con la resistencia

invencible opuesta por las paredes del Palacio y por los esfuerzos del ejército al tremendo asalto, una ciega confianza en el prevailecimiento de los intereses realistas. Y si no fué la seguridad del triunfo completa en los regios ánimos, ¿cómo tardaron algunas horas en expedir la orden de cesar el fuego, expedida cuando el horizonte de la esperanza volvía otra vez á encapotarse, y no comunicada, sino después de haber comprendido los realistas no poder evitarse de manera ninguna el formidable triunfo revolucionario?

La esperanza de victoria fué muy fugaz; mas existió verdaderamente por más de dos horas. Pero mientras esta esperanza crecía en la Realeza, prosperaba el movimiento revolucionario en la ciudad. Los dos afluentes de la inundación, cuya confluencia quisiera impedir Mandat, las huestes populares del barrio de San Antonio y las huestes populares del barrio de San Marcelo se juntaron, y se juntaron de veras, en el Puente Nuevo. Un bosque de picas y de bayonetas, moviéndose como los árboles del Macbeth, y mandando de los reflejos del sol en sus aceros vivas centellas, avanzaba, y avanzaba mucho, con rapidez, sobre la postrer Bastilla del absolutismo espirante, sobre las Tullerías. A los dos lados del espacio recorrido por aquella cruzada revolucionaria, extendíanse dos murallas de curiosos, los cuales presenciaban todo aquello con el interés movido por los espectáculos y no con el horror movido por las guerras. Marchaban aquellas legiones lentamente y en esta lentitud se veían su disciplina y su resolución. Los bronceados marseleses y los rubios bretones ofrecían el contraste que los soldados españoles y los soldados holandeses presentan en la maravillosa Rendición de Breda, pintada por Velázquez; y á pesar de sus complexiones tan opuestas, linfáticos y nerviosos, rubios y morenos, greco-latinos y celto-normandos, lanzaban los mismos resuellos del pecho con los mismos relámpagos del ojo. Quinientos eran los marseleses, trescientos los bretones, todos marciales, y todos corriendo con marcialidad al fuego. Así entraron en el Carrousel, en el patio anterior á las Tullerías por el lado meridional de Palacio, movidos con el arrojo con que van los valientes á la batalla y en la serenidad de quienes fuesen á un alardeo y á un ejercicio de parada. Mientras éstos entraban, los revolucionarios de las Marismas penetraban en el campo de batalla ó radio de sitio, por las puertas del majestuoso Louvre; los de San Marcelo se dilataban por la orilla izquierda del Sena, guardando el puente Real para cortar á los realistas toda retirada fácil, así llegaron á extenderse y dilatarse por el muelle de las Tullerías y por el muelle de Luis XV, cogiendo entre dos fuegos y entre dos paralelas al formidable palacio. ¡Caso raro! En tanto que llegaba el núcleo de aquella gente y su retaguardia, quedaba hecha trizas la vanguardia, toda ella tendida en los espacios, donde había penetrado, materialmente segada como haces de trigo y amontonada en colinas formadas de cadáveres por las aceras de San Honorato y por los patios del Carrousel. Los pocos fugitivos, escapados á la matanza, y dispersos por donde pasaba la columna vengadora, todos malheridos, lejos de refrenarla y detenerla con sus dolores,